

Hoy día, a más de cien años de este texto, hay que recoger y tal vez hacer nuestros los planteamientos de Martí, pues todo indica que sólo fortaleciendo las posibilidades de expresión e interacción de los diversos grupos sociales y culturales podremos concurrir a una América Latina capaz de captar o integrar armónicamente los embates uniformadores de la economía, de la comunicación y de la cultura transnacional.

IV.

Otro aspecto del texto de Martí que también consideramos importante es una cuestión relativa al estilo. De principio a fin en *Nuestra América* Martí fustiga un cierto modo de injertar el mundo en «nuestras repúblicas», un estilo que se caracteriza por la imitación irreflexiva, por la arrogancia, por la soberbia, por el afán de aparentar, por el arribismo y por la falta de sobriedad con que se asumen las formas e ideas foráneas. Son, en sus palabras, «los nacidos en América que se avergüenzan, porque llevan delantal indio, de la madre que los crió», «los letrados y eruditos artificiales», los «pedantes», los «aldeanos vanidosos» que «miden el mundo desde su aldea» y que pierden todo sentido de las proporciones y de las jerarquías valóricas.

Son alusiones e ironías que apuntan sin duda a los ilustrados liberales, a los positivistas científicistas que se olvidaron del arte y del espíritu, y también a la llamada «sociedad decente» de la época. Pero son alusiones que por extensión también apuntan a los triunfalistas de la modernización, a quienes olvidan que la modernización y el «injerto del mundo en nuestras repúblicas», debe ser más bien un medio que un fin en sí, un medio cuyo único objeto es hacer más plena a la persona humana y a la sociedad en su conjunto.

V.

En el contexto de la guerra fría y de sus vestigios, Martí, y particularmente el texto que estamos comentando, ha sido considerado como abanderado del antimperialismo y del tercer mundo. Se trata a nuestro juicio de un punto de vista discutible. El imperialismo —como teoría de una fase final del capitalismo— pertenece a Lenin, en circunstancias que el pensamiento de Martí es anterior y está completamente alejado de esa órbita de ideas. En el plano de la historia del pensamiento se trata de un error comparable a considerar a fray Bartolomé de las Casas como el primer anticolonialista o a sor Juana Inés de la Cruz como adalid del feminismo o de los derechos lésbicos.

No hay que olvidar que *Nuestra América* fue publicada por primera vez en los propios Estados Unidos y en el contexto de la Primera Conferencia Internacional Americana que tuvo lugar en Washington, instancia donde, es cierto, se hicieron patentes — vía panamericanismo y doctrina Monroe— los afanes hegemónicos del país del Norte. Las alusiones a «Goliat», «al gigante de siete leguas» y a la necesidad de unir filas frente a estos afanes, constituye sin duda un componente crítico visionario, y de alerta, dirigido a las repúblicas hispanoamericanas. Pero se trata de un mensaje que poco tiene que ver con el antimperialismo como doctrina teórica y económica. En efecto, las notas fundamentales del mensaje martiano frente a Estados Unidos son básicamente tres: *cautela, dignidad y unión*.

El texto de Martí dice, literalmente: «El desdén del vecino formidable que no la conoce es el peligro mayor de nuestra América; y urge, porque el día de la visita está próximo, que el vecino la conozca, la conozca pronto, para que no la desdeñe. Por ignorancia llegaría, tal vez, a poner en ella la codicia. Por el respeto, luego que la conociese, sacaría de ella las manos. Se ha de tener fe en lo mejor del hombre, y desconfiar de lo peor de él. Hay que dar ocasión a lo mejor para que se revele, y para que prevalezca sobre lo peor».

Claramente, Martí no cree en una contradicción sistémica o absoluta entre Estados Unidos y los países del Sur; más bien tiene presente la oportunidad y la necesidad de conocerse y de vivir con respeto y armonía. En esa dirección se inscribe su mensaje de cautela, de actuar con dignidad y unidad. También la crítica al que le parece el peor de todos los males hispanoamericanos con respecto a Estados Unidos: *la actitud servil*.

Se trata de consejos valiosos, especialmente en tiempos en que se negocia el NAFTA y existen posibilidades de abrir flancos en el injusto embargo a Cuba. La lectura que proponemos, además de ajustarse a lo que dice el texto, tiene hoy, creemos, mucho mayor vigencia que una lectura en clave tercermundista o antimperialista.

VI.

Cabe señalar que Martí fue un escritor extraordinariamente prolífico, que no fue un pensador sistemático sino —como todos los pensadores que son además hombres de acción— un autor cuyo pensamiento está disperso en cientos y tal vez miles de artículos y cartas. Apenas hemos rasguñado un artículo. Sus ideas por ende son más complejas, hay otros textos que a diferencia del que hemos comentado, lejos de estar regidos por una variable histórico social o antropológica, lo están por una variable estética. Hay

textos en que Martí rescata a Oscar Wilde o a Julián del Casal, y en que se distancia del libertador y luchador político; en que se inclina por las ensañaciones del arte, como una carta escrita en plena guerra de liberación de Cuba, en que sueña con ir a París, no por ir a la capital de Francia sino por ir a la capital del arte y del espíritu.

A pesar de que Martí se formó más bien en una tradición laica e ilustrada, en sus textos, incluso en el que comentamos, abundan las imágenes cristológicas y las alusiones bíblicas. El amor concreto y trascendente juega un rol central en su obra. Sus textos están también repletos de aforismos o de reflexiones que valen por sí mismas y que revelan el profundo contenido ético de su pensamiento; citemos a modo de ejemplo sólo algunas:

- «Ver en calma un crimen es cometerlo»
- «De vez en cuando es necesario sacudir el mundo para que lo podrido caiga sobre la tierra»
- «Hasta para ser justo se necesita ser un poco injusto»
- «Todo el que posee en demasía una cualidad extraordinaria, lastima con tenerla a los que no la poseen»
- «No hay un espectáculo, en verdad, más triste que el de los talentos serviles».
- «Los hombres van en dos bandos: los que aman y fundan y los que odian y deshacen».
- «Es digno del cielo el que intenta escalarle».
- «Puesto que hay tanto hombre-boca, debe haber también, de vez en cuando, un hombre-ala»
- «Toda cortesía es útil, y no hacen mal esos dulces engaños».

Martí fue un hombre que vivió las contradicciones de su época; en su pensamiento hay rasgos naturalistas y espiritualistas, momentos en que asume un paradigma puramente histórico-social y otros en que opta por un paradigma estético, momentos en que enfatiza las dimensiones subjetivas de la plenitud humana y otros en que realza lo histórico. Un contemplativo y un activo, preocupado de lo concreto pero siempre, también, de lo trascendente. «Cerebro cósmico» lo llamó Rubén Darío. Sería iluso, por ende, pretender dar cuenta en pocas páginas de la riqueza de un pensamiento de esta índole.

VII.

Los textos de Martí dicen lo que dicen, pero también dicen que son literatura. Son textos sanguíneos, palpitantes, nerviosos, llenos de hallazgos, de metáforas y alusiones; son textos en que las ideas tienen color, sabor y olor. Todo su pensamiento, como ha señalado un estudioso cubano, está teñido por su propia hechura temperamental.

Precisamente por estos rasgos de su escritura, Martí conserva mayor vigencia que la mayoría de los pensadores hispanoamericanos del siglo XIX. Autores como Bello, Lastarria, Sarmiento y Rodó atacaron los grandes asuntos del siglo, pero en un plano excesivamente intelectualizado y frío, sin contacto vivo con ellos². Fueron autores pomposos y a menudo declamatorios, que, como señala Luis Oyarzun, creían más en la letra que en el espíritu, y que por lo tanto al desaparecer su mundo no lograron trascenderlo. Todo lo que emana de Martí, en cambio, está teñido de su estar en el mundo, en cuerpo, alma y circunstancia.

Parece contradictorio destacar la vigencia del pensamiento de Martí en el Chile de hoy, en circunstancias en que nadie lee su obra. Corrijamos, entonces: se trata de una vigencia en estado latente. Especialmente respecto al tópico de modernización y cultura. Históricamente, la modernización ha sido para nuestros países una suerte de «destino». Estamos obligados — vale decir, condenados— a ser modernos. El «destino» se vive, o más bien se padece. Es un proceso que irrumpe desde afuera, que escapa en cierta medida al control de aquellos en quienes recae. Un proceso que sobre todo en términos de modernización económica tiene su lógica propia, una lógica que a menudo trastoca o desintegra la lógica lenta y solidaria de la cultura y de la comunidad.

Precisamente uno de los grandes desafíos del presente es que la modernización no sea un destino, y que sea, en cambio, *un proyecto*, un camino que involucre a todos y que se sustente en una impronta cultural propia. Un camino en que se armonice y se *equilibre* la modernización con la cultura y el cuerpo con el alma. Piénsese en México, en la insurrección de Chiapas y en las consecuencias que puede acarrear la falta de equilibrio entre estos dos polos. Es en la perspectiva de este desafío, todavía pendiente, que compartimos plenamente lo que señaló en 1953 Manuel Rojas, con ocasión del centenario de su nacimiento: «Martí, como escritor y como pensador, como político y como hombre de acción, tiene una densidad que el tiempo no ha hecho más que poner de relieve».

² Véase al respecto Luis Oyarzun *Diario íntimo*, Santiago, 1955.

Bernardo Subercaseaux